

## Versiones del feminismo\* ⊗

Mónica Torres

Hoy voy a hablar de la singularidad de las mujeres. Diré, en primer lugar, que se ha notado en las exposiciones que ambas han sido muy singulares en sus trabajos, y han querido abordar los feminismos –preferimos decirlo en plural– desde lugares muy distintos. De ahí nuestro título “Versiones del feminismo”.

María Leonor decidió tomar los feminismos desde los feminicidios, tal como lo hizo Eric Laurent en su ponencia en el Palais Rouge en su conferencia “Reflexiones sobre tres cuestiones del feminismo con la no relación sexual”.<sup>1</sup> La visión que Lacan tiene de lo femenino es profundamente subversiva. Independientemente de la importancia de los movimientos feministas, su visión desde los *Seminarios 18, 19, 20*, e incluyendo el escrito “*L’étourdi*”, que coinciden con la tercera ola del feminismo, es muy distinta de la que ofrece Freud con su *impasse* a las preguntas ¿qué quiere una mujer? y ¿qué es un padre? Lacan va bastante más allá, ya desde sus textos de los años 60 –“La significación del falo”, “La dirección de la cura y los principios de su poder”, “Ideas directivas para un congreso de sexualidad femenina”– anticipa lo que serán los textos de los 70, como ya señalé en la primera clase de este cuatrimestre en nuestro seminario.

Eric Laurent, para hablar del feminicidio, comienza con Kant con Sade, título del escrito de Lacan correlativo al *Seminario La ética del psicoanálisis*, que es, también, de los años 1959-1960. “Kant con Sade” es de 1962. El pensamiento de Lacan es profundamente subversivo aun hoy, más subversivo que los semblantes de la época, que la teoría del género; él siempre va más allá, da un paso más. Tomemos, pues, algunos ejemplos de esa profunda subversión sobre el modo de pensar las cuestiones.

En “Kant con Sade”, Lacan toma la palabra “libertad” que no es cualquier palabra si no una que está muy en boga en nuestra época en relación con el tema de la libertad de salir o no salir, de vacunarse o no vacunarse..., pero este sería otro tema. Lo que él hace es denunciar que esa palabra es equívoca. Lo cito: “Es el encuentro donde juega el equívoco de la palabra libertad: sobre la cual, si la birla, el moralista nos muestra siempre más impudicia que imprudencia”.<sup>2</sup> Recuerdan que trae a Kant, ya tomado por Freud, en relación con el imperativo categórico del superyó, para demostrar que la verdad de Kant es Sade. Y da dos ejemplos que Kant refiere así: “‘Supongamos’, nos dice, ‘que alguien pretenda no poder resistir a su pasión, cuando el objeto amado y la ocasión se presentan, ¿acaso si se hubiera alzado un patíbulo delante de la casa donde encuentra esa ocasión, para atarle a él inmediatamente después de que hubiera satisfecho su deseo, le sería todavía imposible resistir a él? No es difícil adivinar lo que contestaría’”.<sup>3</sup> Kant piensa que no, que no estaría dispuesto a afrontar el patíbulo por pasar una noche con la dama de sus sueños, o sea, Kant cree que el sujeto en cuestión renunciaría a una noche de goce con su objeto de deseo para evitar el patíbulo. Y toma el objeto contrario: “Pero si su príncipe le ordenara bajo pena de muerte hacer un falso

---

\* Trabajo presentado en el Seminario *Enlaces* “Invenções en la sexuación”. Clase “Versiones del feminismo” dictada con Leonor Curti y María Leonor Solimano, 6 de septiembre de 2021.

⊗ En la edición impresa de la revista *Enlaces* n° 28 podrá encontrar el artículo “¿Encuentro Nacional o Plurinacional de Mujeres?” de Adriana Carrasco sobre la situación actual del feminismo en la Argentina.

testimonio contra un hombre honrado [por ejemplo, contra un amigo] [...] ¿miraría como posible el vencer en semejante caso su amor a la vida, por grande que fuese?";<sup>4</sup> es decir, según Kant, no denunciaría al amigo, falsamente acusado, aunque lo mataran después. "Juzga pues que puede hacer algo porque tiene la conciencia de deber hacerlo, y reconoce así en sí mismo la libertad que, sin la ley moral, habría permanecido para siempre desconocida de él", nos dice Lacan.<sup>5</sup>

Pues bien, como ustedes probablemente ya saben, Lacan hace pasar ambas cuestiones, los dos ejemplos, por la rúbrica del goce. Y entonces todo se da vuelta. Al goce, en su seminario sobre la ética, todavía lo llama "deseo puro"; pero ese deseo puro, tal como aparece en Antígona, por ejemplo, es la anticipación del concepto de goce. Entonces, Lacan nos dice que podría pasar que este "golfo" en cuestión pusiera en aprietos a Kant. Podría ser –lo digo ahora un poco con mis palabras– que el sujeto estuviera dispuesto al patíbulo por pasar la noche con su objeto de deseo, deseo puro que sería goce, e incluso no solo por pasar la noche con ella, sino por el placer de cortarla en pedacitos. Lo cual deja muy claro el tema del feminicidio.

En cambio, dice Lacan, quizás no dudaría en renunciar a la ley moral y denunciar falsamente a un amigo con tal de salvar su vida. Así que, por poco que hagamos pasar toda la ley moral de Kant y su imperativo categórico por el goce, tal como Lacan lo señala con Sade, es posible sacrificar cualquier libertad, menos la de saciarse infinitamente en el cuerpo del Otro. Por supuesto, Sade estuvo preso gran parte de su vida, menos por hacerlo que por escribirlo. Es decir, por pasar los crímenes de la revolución francesa de lo público a lo privado.

Al que le interese este tema puede leer el artículo de Kojève –que es quien le enseñó filosofía a Lacan y a otros–, "Un último mundo nuevo".<sup>6</sup> O el artículo donde Miller lo esclarece, lo elucida, que se llama "Buenos días sabiduría".<sup>7</sup> Y todo eso lo explico largamente en el último capítulo de mi libro *Clínica de las neurosis*, titulado "Nuevas virilidades de nuestro tiempo".<sup>8</sup> El tiempo de la caída del Nombre del Padre es lo que Kojève llamó "un último mundo nuevo", y del que aún, en nuestros tiempos, no ha habido demasiadas novedades más que a nivel de los semblantes.

Retomando lo anterior, podemos decir que la ley es del orden del significante y el patíbulo es del orden del goce. De allí, Kant con Sade. Esa es la mejor lectura que podemos hacer del feminicidio desde la orientación lacaniana. María Leonor se sitúa desde el fantasma masculino de matar lo femenino del Otro goce que le resulta insoportable y no se olvida de señalar algo bastante más difícil de decir que es la complicidad de goce en la que una mujer puede entrar con su pareja en ese estrago que es el *odioenamoramamiento*, que Freud ya había ubicado en "Pegan a un niño", y que escondía en ese impersonal "pegan" que "mi padre me pega y de eso gozo", es decir, "me quiere tanto que no puede perderme". Marca del látigo del significante para el Lacan del *Seminario 5*, y marca de goce para el Lacan del *Seminario 17*, al que citó también María Leonor.

Miller establece suficientemente en su curso *Extimidad*, la cuestión de los pares sadismo-masochismo y voyerismo-exhibicionismo. Podemos retomarlo quizás en la conversación. Lo que dice allí Miller con Lacan es que, en realidad, el que maneja los hilos es el masochista, como se ve en *La Venus de las pieles* de Sacher Masoch. De la misma manera que, en la cuestión del exhibicionismo-voyerismo, el amo es el exhibicionista.

Y no se refiere a la violencia que puede ejercerse sobre el cuerpo de cualquier mujer sino a la que puede ser que esté en complicidad. Es un tema muy difícil para hablar de un modo superficial. Pero siempre será mejor que la mujer de esa pareja-estrago sea escuchada por un analista. Tenemos varios en el público presente que trabajan con el tema de la violencia y la trata de personas y que nos pueden dar testimonio de que la escucha psicoanalítica puede salvar vidas. Lo que no objeta, por cierto, la validez de los movimientos *me too* y *ni una menos* en Estados Unidos, en nuestro país y en el mundo.

María Leonor hace una lectura más sociológica, desde Rita Segato, y más psicoanalítica, desde Lacan. ¿Se oponen?

Es en Francia donde algunas mujeres se opusieron al *me too*, les pareció que representaba el puritanismo de las norteamericanas. Y entonces lo cambiaron por *moi non plus* que en realidad es el nombre de una canción que compuso Serge Gainsbourg y que cantaba con Jane Birkin que se titulaba, justamente, *Je t'aime, moi non plus* (*Yo te amo, yo tampoco*), que es de los años 68-69. Coincide también con los 70, con la tercera ola del feminismo. Pero las francesas salieron a decir, en contra del *me too*, "*moi non plus*", que es equívoco. Esta es toda otra discusión, es un debate entre norteamericanas y francesas: las francesas consideran muy puritanas a las yanquis, basadas en el protestantismo.

El psicoanálisis tiene otra respuesta. En realidad, ha inventado una sola pasión, el *odioenamoramiento* u *odioamoramiento*, como prefieran traducirlo; a mí me gusta más *odioenamoramiento* que es el estrago que puede comenzar por la relación madre-hija y después repetirse con el *partenaire*. También un hombre puede matar a una mujer por el odio a su propio goce, el de él, porque le adjudica ese Otro goce al que no sabe tener acceso.

Paso ahora a la otra Leonor, que se sitúa desde otro lugar, desde la literatura, y que nos trae unas cinco novelas de las que he leído al menos cuatro. Ha titulado a su trabajo "Entre ellas". Tenemos en *Enlaces* el módulo de investigación sobre literatura y psicoanálisis, del que Leonor participa y que seguramente estará muy interesado en sus aportes.

Comienzo por Jamaica Kincaid, la portada es importante. A mí me ha interesado en especial su novela, "Autobiografía de mi madre", porque ella escribe desde sus entrañas, escribe en el litoral de la lengua, escribe con furia, odio y pasión. Es una escritora que no tiene una historia cualquiera, que nació en mayo de 1949 en la isla de Antillas llamada Antigua y Barbuda. Esa isla, en ese tiempo y hasta 1965, fue colonia británica. La escritora nació con un nombre muy inglés, Elaine Cynthia Potter Richardson, que luego cambió a Jamaica Kincaid, inventándose un nombre propio que se refiere a otra isla de las Antillas, más grande y más importante. En su nombre, en su escritura y en su biografía está ese feroz desarraigo, esa renuncia de su raza que la enfureció para siempre. Ella es del mar de las Antillas, que también llama Caribe. Y no quiere ser inglesa. Su escritura está llena de sonido y de furia; y de todas las que Leonor ha mencionado es la que más me ha conmovido. Por supuesto que mi lectura también es singular. Lo que ella odia es ese forzamiento, esa mentira en la que su nombre es inscripto y olvidado. Así, será Jamaica Kincaid, se ubica como afrocaribeña, y dice: "... tenía que escribir con el nombre que me di a mí misma".<sup>9</sup> Estuvo casada desde 1979 hasta el 2002 y ha tenido dos hijos, a diferencia de la protagonista de la novela. Su

novela, para mí, de todas las que presentó Leonor, es la que más toca lo real, está más cerca de la poesía que de la ficción.

Si ubicamos, como lo hizo Pablo Russo en la primera clase de este seminario, estas escrituras femeninas entre centro y ausencia, escrituras poéticas o estéticas, como por ejemplo, la de Marguerite Duras o la de Clarice Lispector –escrituras especialmente escritas por mujeres, aunque no exclusivamente–, allí lo femenino, la letra, *lalengua* y la invención –por ejemplo, la invención del nombre propio– quedan de un lado; mientras que la ficción quedaría del lado del lenguaje, como a mí me parece que pasa con las novelas de Vivian Gornick.

La correspondencia entre Virginia Woolf y Victoria Ocampo –no se trata aquí de novelas sino de correspondencia– no toca *lalengua*, porque es una estructura de semblante. Otra cosa son las novelas de Virginia Woolf. Es Jamaica Kincaid, la única que presenta ese efecto de litoral con lo real, es decir, *lalengua*, y la invención singular de su propio nombre. Ella se revela contra todas las convenciones de su origen mestizo y se define como afrocaribeña. Me conmovió profundamente y recomiendo su lectura. Su vida no es como la de la protagonista de su novela, pero ese no es el punto. Creo que ella –y es mi diferencia con lo que dice Leonor– no se afirma en la soledad de su goce, escribe. No se trata de la pulsión de muerte, sino de hacerse un nombre. Ella lo ha logrado, por supuesto, aunque quizás es la menos famosa de todas. Y creo que su afirmación en la vida ha sido esa: escribir desde el nombre que ha podido inventar. Esa invención la conecta con la vida, es su salvación y es lo que le permite escribir en ese borde de lo real. Cierta escritura femenina logra tocar ese litoral.

Ya conocía a Vivian Gornick, había leído *Apegos feroces*, su primera novela, y le hice una referencia sobre ella a Leonor, quien la leyó así como yo leí *La mujer singular y la ciudad*.<sup>10</sup> Hay treinta años entre ambas novelas.

*Apegos feroces* trata del estrago en una relación madre-hija. Había trabajado esta novela en las Jornadas de *Enlaces* del 2019, que fueron nuestras últimas jornadas antes de la pandemia, tituladas “Azar y destino”. Ahí ubicaba, comparaba –voy a citarles otra novela más, ustedes me disculparán– *Apegos feroces* con otro libro, *Okāsan*, el de una autora argentina, Mori Ponsowy, sobre la separación de una madre de su hijo varón. Debo decir que leí *Apegos feroces* en Australia –llegué justo para las Jornadas 2019 desde allí– y también en el mismo año y en Australia escribí la presentación del libro de Leonor Curti, *Criaturas de arena*. Hay estas coincidencias. Todo esto pasa entre nosotras entre octubre y diciembre del 2019.

Vivian Gornick es, para mí, la otra cara de Jamaica Kincaid. Es una periodista neoyorkina, criada en el Bronx, en un barrio judío, pobre, en el que todas las mujeres hablaban y se espiaban desde los balcones interiores de sus cocinas. Y, aun así, es una mujer culta y refinada que sobrevivió al *apego feroz*, que tuvo con su madre, gracias a la escritura. El libro describe los paseos con su madre por New York. Y lo comparé en ese momento con *Okāsan* porque habla de la separación madre-hijo mediante la lengua japonesa. Y tiene la particularidad de que *okāsan* (*madre*, en japonés) es el nombre con el que el hijo marca e inscribe la separación del lado de la lengua y no del lenguaje.

La Vivian Gornick que escribe en *Apegos feroces* sobre su relación, realmente feroz, con su madre, no parecía en ese tiempo poder separarse de ella, de su madre, de este apego que la condena, aparentemente para siempre, a la soledad en el amor. Es una feminista muy occidental y educada que treinta años después escribe *La mujer singular y la ciudad*. Allí ya no pasea con su madre, sino con su amigo hombre, Leonard, que es

un gay, tan inteligente como ella, y que es, en realidad, su único amigo. El infinito duelo de la madre después de la muerte del padre no le ha permitido amar a un hombre, ni ha querido tener hijos. Por otra parte, ¿por qué habría de querer? Ella elige su ciudad, su soledad; es hermosa la novela *The odd woman and the city*. Resaltemos que Leonor ha tomado varios sentidos de la palabra inglesa *odd*. Quiere decir sola, soltera, singular, rara e inusual, y también extraordinaria. Feminista de la primera ola, enrolada en la fila del feminismo de los 70, que no tenía mucho que ver con el actual, para Leonor, la autora, y la protagonista de estas novelas, encuentra su solución en estas caminatas plenas de testimonios oídos. Yo estaría de acuerdo en eso porque son testimonios de historias escuchadas casi entre susurros. No al modo de Jamaica, sino de un modo más sofisticado y culto, de un modo neoyorkino, que no es el mundo de las Antillas, no es el mundo del Caribe del que nos habla Jamaica. Podríamos decir que las Antillas para Jamaica son lo que fue Vietnam para Marguerite Duras.

Vayamos ahora a la correspondencia entre Victoria Ocampo y Virginia Woolf. Admiro mucho más a Virginia que a Victoria, confieso. Victoria amaba lo extranjero, la fascinaba Europa, era rica y extravagante. Woolf es una gran escritora, es su mirada profundamente melancólica y de ella ni su amor por la escritura podrá salvarla, pero nos ha dejado un legado enorme. Pertenece a la época victoriana con la que celebra, con un poco de burla, a esta sudamericana que se llama, justamente, Victoria, y le dice: “Victoria se llama usted, como nuestra reina”, que es la reina Victoria de la época freudiana. Y además se imagina Sudamérica, como si Sudamérica, que no tiene nada que ver con Buenos Aires, tuviera que ver con un país tropical, donde hace calor y está lleno de mariposas; en fin, nada que ver con Buenos Aires, cosa que Victoria Ocampo no le aclara. Es cierto que Victoria Ocampo tiene algo, no diría de victoriano, sino de un amor infinito por Europa, por Inglaterra en especial. Se ve en los decorados ingleses de su casa que conozco, que visité. Ella ha conocido a muchos autores y autoras, los instalaba en su casa, hombres o mujeres. Inteligente, culta, viril.

Leonor habla de la privacidad pudorosa de estas dos mujeres. Es cierto, no se cuentan casi nada. En *Las damas del unicornio*, ¿reconocemos lo singular de lo femenino, o en la presencia del unicornio vemos, también, la marca del falo?; esa podría ser una pregunta muy interesante. ¿Qué quiere una mujer? Me parece que es una pregunta de Freud, en ese sentido, un tanto victoriana. El enigma femenino para Freud fue, como la roca viva de la castración, lo que hizo que pensara que el análisis era interminable, que no había un fin de análisis posible. Y no encontró una solución para las mujeres, como se ve en sus textos sobre el sepultamiento del complejo de Edipo, en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos”, “La feminidad” o “Sobre la sexualidad femenina”. La mujer lacaniana, en cambio, está más bien del lado del goce. De un goce que, para el último Lacan y como dice María Leonor, es el régimen del goce como tal, lo que esclarece Miller en “El ser y el Uno”. Es en Jamaica donde leo ese goce. No es en Vivian ni en Victoria, que para mí están ubicadas más del lado de la histeria que de la feminidad. Necesitaría toda otra clase para hablar de Virginia Woolf, a quien admiro profundamente, y para quien fue muy difícil ser mujer. Tanto que terminó suicidándose.

Finalmente, no he podido leer la novela de María Pía López, no tuve tiempo, pero la leeré. La última frase que cita Leonor en su trabajo me parece que sí la ubica del lado de lo femenino, ella dice: “escribir solo para intuir quién es la que escribe y desconocerme”,<sup>11</sup> eso es poesía.

Me quedaría por remitirlos a un hermoso trabajo de Adriana Tyrkiel, ubicada entre el psicoanálisis y el arte, que se llama “Violencia, otra cara del amor”, donde habla de Nan Goldin, que es una fotógrafa de la misma época que Vivian Gornick y que ha fotografiado la violencia doméstica, el lado trasero del arte, también en las drogas, el SIDA, etc.

También me gustó mucho un trabajo de Ivana Bristiel que está publicado en *Notandark*, que es la publicación de nuestras jornadas de la EOL, y que se titula “Ebullición”, y así seguiría... pero pasemos a la conversación.

*Desgrabación: Nadia Rosenzvaig*  
*Establecimiento: Mónica Lax*  
*Versión revisada por la autora*

## Notas

---

<sup>1</sup> Laurent, E., “Observaciones sobre tres encuentros entre el feminismo y la no relación sexual”, *Colección de la orientación Lacaniana. Acontecimientos. ¿El psicoanálisis cambia? ¿Qué es lo nuevo?*, Grama, Bs. As., 2020.

<sup>2</sup> Lacan, J., “Kant con Sade”, *Escritos 2, Siglo veintiuno*, Bs. As., 1987, p. 760.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, pp. 760-761.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 761.

<sup>5</sup> *Ibíd.*

<sup>6</sup> Kojève, A., “Françoise Sagan: Un último mundo nuevo”, *Descartes*, n° 14, Anáfora, Bs. As., 1995.

<sup>7</sup> Miller, J.-A., “Buenos días sabiduría”, *Colofón*, n° 14, Boletín de la Federación de Bibliotecas del Campo Freudiano, julio 1996, p. 34.

<sup>8</sup> Torres, M., “Nuevas virilidades de nuestro tiempo”, *Clínica de las neurosis*, Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires, n° 10, Instituto Clínico de Buenos Aires, Bs. As., 2014.

<sup>9</sup> Kincaid, J. “Autobiografía de mi madre”, *La parte maldita*, Bs. As., 2021.

<sup>10</sup> Gornick, V., *La mujer singular y la ciudad*, Sexto piso, México, 2018.

<sup>11</sup> López, M. P., *Quipu. Nudos para una narración feminista*, Estructura mental de las estrellas, La Plata, 2021, p. 57.